

LAS ALEMANIAS

reuniones se hagan a puerta cerrada; se sabrá del Congreso lo que diga el comunicado final y lo que se pueda escuchar en una conferencia de prensa que se dará después de la última sesión. Aunque puede esperarse que las indiscreciones sean muy numerosas y se pueda tener una versión bastante completa de lo debatido.

EN segundo lugar, el socialismo está en estos momentos en una ola ascendente. No es sólo el hecho ya anotado de que gobierne en muchos países, sino de que las tendencias electorales le son favorables en puntos muy distintos del planeta. Ha ganado en Australia, en Nueva Zelanda, en el Japón. Y en Holanda, en Bélgica —donde un socialista está ahora formando Gobierno—, en Alemania Federal. No ha tenido éxito, en cambio, en las elecciones canadienses: América del Norte no es favorable al socialismo, y los Estados Unidos tienen el nivel absoluto más bajo de miembros del partido socialista (unos 3.000). ¿Por qué? Los politólogos se esfuerzan en comprender este movimiento y buscan sus precedentes. Por ejemplo, hubo «olas» socialistas —pero sin esta fuerza— al final de las dos grandes guerras mundiales: podría ser una reacción contra la guerra, podría ser la idea de que el socialismo era más apto para representar los ideales igualitarios y fraternales de las democracias vencedoras en las dos guerras. La hubo también en 1930, y se suele atribuir a la depresión económica de los Estados Unidos (1929), que afectó a todo el mundo, y pudo hacer pensar que el sistema capitalista estaba en quiebra. Mauricio Duverger piensa que las causas de la ola socialista del momento actual son: la crisis monetaria, la inflación, que hacen sentir inseguridad en los sistemas actuales y causan perjuicios materiales a los votantes; las mutaciones fundamentales en las relaciones entre las grandes potencias; la izquierda y la desconfianza de las naciones del mundo con respecto a los Estados Unidos y su política capitalista; el «deseo oscuro de cambiar la vida», que mina por debajo las sociedades industriales capitalistas; el desgaste de los partidos liberales, conservadores, democristianos después de muchos años en el poder...

CONVENDRIA anotar aquí, sobre todo como factor muy importante, la lenta transformación de los partidos socialistas e incluso de los comunistas. Está explícita en la breve historia antes trazada de las Internacionales Obreras: los socialistas reformistas se van separando poco a poco de las aspiraciones revolucionarias del siglo XIX hasta llegar a ser estos partidos gobernantes con líderes respetuosos para la industria y el capital, para las monedas nacionales, que lo que pretenden es simplemente que la reforma de las estructuras burguesas permita albergar en ellas a los trabajadores con un creciente nivel de vida y la mejora general de las condiciones sociales. Como esas estructuras burguesas y capitalistas disponen hoy de una abundancia considerable, no les es demasiado difícil conceder lo que los partidos socialistas les piden; incluso ven en ellos una defensa mejor contra la revolución que la que pueden suministrar los rígidos partidos conservadores. Los partidos socialistas pueden ofrecer una imagen de sociedad tolerante, mucho más beneficiosa para el consumo, que las sociedades rígidas de la derecha. Estos puntos de vista parecen prevalecer hoy en numerosos países. Incluso los partidos comunistas parecen mantener esa tendencia al reformismo, a la adaptación al sistema. Sobre todo, desde que el revolucionarismo se lo han llevado los grupúsculos, algunos trotskismos, algunos anarquismos, algunas guerrillas. Los partidos conservadores tradicionales están fallando en la adaptación a la nueva etapa —dure el tiempo que dure— de coexistencia, de final de guerra fría; los socialistas, aunque fueron guerreros fríos, son más aptos para esta reconversión.

PERO queda el miedo. Los grupos más conservadores no están seguros de que los nuevos socialismos reformistas y reformados, moderados y suaves, no puedan transformarse de nuevo en los revolucionarios decimonónicos. La dulzura del «modelo sueco» —o del danés, o del alemán federal— no acaba de convencerlos. Sobre todo, desde la alineación francesa junto a los comunistas. Los conservadores de Francia, por ejemplo, no tuvieron nada que temer del socialismo gobernante durante unos meses en 1946: sus representantes tomaron sobre sí algo de lo más rudo de la guerra de Argelia, y fueron tan moderados en sus reformas sociales que perdieron para el futuro inmediato muchos puntos electorales. Pero desconfían de este nuevo socialismo «a la chilena». Temen que una vez en el poder se quiten la piel de cordero y aparezca la piel de lobo con que ellos lo han visto siempre: y aparezcan las nacionalizaciones, las colectivizaciones... ¡Y hasta la revolución!

CON todos estos previos, el Congreso de la Internacional Socialista de la semana que viene en París aparece como especialmente interesante. Tiene una oportunidad histórica que pocas veces se le ha presentado. Quizá la sepa aprovechar. De todas maneras, las diferencias entre socialistas y socialistas son demasiado grandes, y la tendencia unitaria no ha aparecido con fuerza hasta ahora.

Willy Brandt descansa —teóricamente— en Fuerteventura. Dice que su principal problema, su principal lucha por el momento es contra el tabaco: está dejando de fumar por orden facultativa, como consecuencia de una afección a la garganta. Pero hay personas que dicen que, en realidad, Brandt tiene un sueño político: la reunificación de las dos Alemanias. Sería algo para dentro de muchos años, cuando realmente las tensiones de Europa hubiesen desaparecido definitivamente. La reunificación que Adenauer no pudo conseguir por la vía armada, Brandt querría conseguirla por la vía pacífica y de cooperación. Supone para ello que en la República Democrática existe el mismo deseo que en la Federal de formar



un solo país. Y supone que en el futuro su partido social-demócrata podría llegar a una coalición con el partido de unidad socialista (comunista) de la otra Alemania, mediante una especie de programa común de gobierno, más o menos parecido (teniendo en cuenta las circunstancias nacionales propias) al de la unión de la izquierda francesa. Para ello tendrían que suceder cosas muy importantes en Europa. La primera, una retirada de tropas extranjeras (de la URSS y de los Estados Unidos); la segunda, una posibilidad de neutralización de Alemania (a la manera austriaca o a la finlandesa), pero sin perder de ninguna manera las ventajas del Mercado Común y de las instituciones europeas en activo o en preparación, y quizá sosteniendo también las de las instituciones comunistas al mismo tiempo (el Comecon, por ejemplo). Sueño difícil y complicado, pero que nadie se atrevería a profetizar como imposible para dentro de cinco, diez o veinte años.

Para la posibilidad de una coalición de este tipo, serían imprescindibles dos hechos: que el comunismo de la República Democrática, que es de los más rígi-

dos de su bloque (por el papel que ha tenido que desempeñar en la guerra fría), se suavizase, se moderase, y que el partido social-demócrata avanzase un poco más en el camino del socialismo. De los dos hechos hay ya algunos datos incipientes. A partir de la ratificación de los tratados de las dos Alemanias y del establecimiento mutuo de representantes en mayo comenzará la ola de reconocimientos europeos de la RDA (Bélgica se ha adelantado ya y ha reconocido a la RDA; van a intercambiar embajadores), y puede augurarse que el deshielo va a comenzar realmente. Su misión de defensora del bloque comunista frente a la «Alemania revanchista» ha terminado. Al mismo tiempo, su nivel de vida sube rápidamente.

En cuanto al avance en la vía del socialismo moderado de Willy Brandt, parece que el limpio cuatrienio de gobierno, con poca oposición que tiene por delante, va a ser decisivo. Se verá en el discurso de apertura del nuevo parlamento, el 18 de enero, discurso que está preparando en Fuerteventura, y en la política subsiguiente. La cuestión esencial parece que puede estar en el llamado «Mitbestimmung», o sistema por el cual obreros y patronos tienen asiento por igual en los consejos directivos de algunas industrias. Esto sucede ya en la gran industria del carbón y del acero, mientras en otras de envergadura menor, los obreros tienen una participación menor sin ninguna capacidad real de decisión, ni siquiera de influencia. Brandt pretende que la igualdad entre patronos y obreros exista en toda clase de industrias que empleen más de 2.000 personas. Los sindicatos apoyaron a Brandt en las elecciones sobre la base de esta posibilidad. Sin embargo, el pequeño partido liberal, que forma coalición con la social-democracia, no está enteramente conforme: representa intereses del capital pequeño y medio. En estos días, las negociaciones entre los dos partidos son muy intensas para llegar a un acuerdo.

Probablemente, el obstáculo más grave para esa supuesta y lejana reunificación de Alemania por coalición y confederación esté fuera de ella. Ni los Estados Unidos ni la URSS, ni mucho menos los países europeos, desean ver por ahora formarse en el centro de Europa un gran país de enorme poderío económico (no olvidemos el «otro» milagro alemán, el de la poderosa producción industrial de la República Democrática), ni lo han deseado nunca: si otra cosa han dicho y proclamado, era por razones de propaganda y de guerra fría. ■ J. A.